

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSION (CICLO A)

La Iglesia primitiva no conoció la fiesta de la Ascensión del Señor. Fue la Liturgia, la que posteriormente ha ido separando y dividiendo los diversos acontecimientos; pero conservando la visión total del Misterio.

Quizá por un sentido de devoción tendamos a aislar ciertos acontecimientos del Señor para darle mayor importancia, para prestarle mayor atención. Con la Ascensión del Señor puede suceder esto; de aquí que nuestra actitud sea más estática, adorante, silenciosa, contemplativa sin querer olvidar su significación en unión con los demás acontecimientos del Señor. Nuestra psicología, nuestra forma de ser, pretende admirar la Resurrección- Ascensión del Señor- Exaltación a la Derecha del Padre como tres hechos consecutivos, dignos de la máxima celebración; la Teología, los Evangelios, al mirar estos hechos, los contemplan como unidad.

El Nuevo Testamento nos habla del hecho de la Ascensión del Señor: *“Dicho esto, lo vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista”* (Hechos de los Apóstoles, 1, 9).

“El Señor Jesús, después de hablarles, ascendió al cielo y se sentó a la derecha de Dios” (Evangelio de Marcos, 16, 19)

“Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo” (Evangelio de San Lucas, 24, 50)

En los Hechos de los Apóstoles (Obra del evangelista Lucas) se narra que este acontecimiento tuvo lugar a los cuarenta días *“Se les presentó después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo y, apareciéndoseles durante cuarenta días, les hablo del reino de Dios”* (Libro de los Hechos 1, 3)

Este pasaje del Libro de los Hechos es la única fuente neotestamentaria que fija una diferencia de tiempo entre la Resurrección y la Ascensión; que se trate de cuarenta días precisamente es un dato que no está atestiguado en ningún otro lugar antes del siglo IV.

Esta presentación lucana en Los Hechos: separar la Resurrección de la Ascensión, difiere radicalmente de la que nos dan los otros evangelistas y, sobre todo, Pablo; para estos últimos, lo absolutamente nuevo, lo definitivo, ya ha empezado con la resurrección de Jesús.

Al señalar los cuarenta días desde la Resurrección a la Ascensión seguramente existe la voluntad de establecer un paralelismo con los cuarenta días que Jesús pasa en el desierto antes de iniciar su actividad en Galilea (Lc 4,2).

Es muy importante saber qué se entiende por Ascensión del Señor, su significado, su contenido. La Ascensión hace referencia directa a Jesús. Es un acontecimiento que toca de lleno al Señor. También nosotros quedamos favorecidos por este suceso. La Eucología nos los recuerda de una forma expresa y clara.

El día de hoy es el triunfo de Cristo, la fiesta de su victoria. El Señor tiene bien merecida esta apoteosis triunfal.

Analizamos los textos de la Liturgia de la Palabra de esta solemnidad.

Hoy leemos el principio del libro de los Hechos de los Apóstoles y el final del evangelio de San Mateo, que no habla de la Ascensión, como lo hacen los dos sinópticos restantes: Marcos y Lucas.

La Ascensión del Señor, efectivamente, es el fin de la permanencia visible de Jesucristo en la tierra, entre los discípulos, y es el principio de una nueva forma de presencia del Resucitado en medio de la comunidad creyente, de la Iglesia. La Ascensión del Señor cambia la manera de presencia del Resucitado en nosotros.

San Lucas en el libro de los Hechos tiene mucho interés en señalar un punto cronológico, contable, referencial: a los Cuarenta días tuvo lugar el hecho de la Ascensión. Según la cronología humana la Ascensión es el término de la “era” de Jesucristo, contado en el Evangelio; con Pentecostés comienza la etapa de la Iglesia, cuyo protagonista es el Espíritu Santo en sus diversas manifestaciones.

San Pablo en la Carta a los Efesios, que es la segunda Lectura de hoy, proclamará: *“...El Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de la gloria, ... resucitó a Cristo de entre los muertos, sentándolo a su derecha en el cielo...”* No nombra el hecho de la Ascensión, pues contempla la unidad más que las partes. El teólogo se fija en la unidad; el místico, el espiritual, el pedagogo más en las partes, que integran la unidad.

El sentar a uno a su derecha indica el honor máximo concedido por un magnate. Aquí indica la exaltación de Cristo a la máxima soberanía en la que recibe el título de “Señor”.

Esta fiesta constituye además un día de júbilo para nosotros. La glorificación del Señor en su Ascensión trae consigo la elevación de la naturaleza humana, es también nuestra propia glorificación. Este es un pensamiento que ha marcado una huella profunda en los escritos de los Padres de la Iglesia. La Ascensión es, pues, la fiesta de la gran esperanza de los seguidores de Jesús de Nazaret.

Leemos en la Oración Colecta *“Porque la ascensión de Jesucristo, tu Hijo, es ya nuestra victoria, y donde nos ha precedido él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo”*

En el II Prefacio de la Ascensión la Iglesia declara una gran verdad: *“... fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad...”*

La Liturgia de la Palabra desarrolla largamente la repercusión que tiene en nosotros la Ascensión del Señor; este aspecto queda muy bien insinuado en la Carta a los Efesios (lectura segunda de la Misa).

“Que el Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo”. Este conocimiento no es el conocimiento conceptual de los hechos en que insistían los griegos. Este pasaje de Ef. no denota simplemente conocer el plan de Dios, sino conocerle a él, tener una experiencia del gran amor de Dios a los hombres en Cristo.

“Ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros”

“La expresión los ojos de vuestro corazón” debe ser entendida en el marco de la cultura semita según la cual el corazón no es sólo la sede de los sentimientos, sino de todas las facultades superiores, especialmente del conocimiento. Pero también es

verdad que para el semita, mucho más que para nosotros occidentales, conocer, sentir, querer e incluso actuar forman un todo indivisible. El corazón, pues, tiene latidos que sienten y aman, pero también ojos que se iluminan y ven.

La Ascensión del Señor también alcanza a la Iglesia: *“Y todo lo puso bajo sus pies y lo dio a la Iglesia, como Cabeza, sobre todo. Ella, es su cuerpo, plenitud del que lo acaba todo en todos”* (De la carta a los Efesios).

La Iglesia es plenitud del que llena totalmente el universo. El término griego *“pleroma”* puede tener sentido activo (la Iglesia llena a Cristo), o sentido pasivo (la Iglesia es llenada por Cristo). En nuestro caso incluye las dos: La Iglesia llena a Cristo, como el cuerpo humano completa la cabeza, sin cuyos miembros ésta no puede ejercer sus funciones. Y es llenada por Cristo porque le comunica su gracia capital, todos sus dones.

Ante el hecho de la Ascensión del Señor, la Iglesia se siente misionera. *“ID al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”* (Final del Evangelio de Marcos y Mateo). En el libro de los Hechos se anuncia cómo la Iglesia, los discípulos, después de la Ascensión del Señor, deben ser sus testigos *“Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo”*

El Evangelio de Lucas está en conformidad con los demás evangelios sinópticos al decirnos cuándo Jesús abandona este mundo: la tarde de Pascua; *en Hechos después de cuarenta días.*

Desde el punto de vista teológico es evidente que la ascensión de Jesús y, su entrada en el cielo, sucedieron al mismo tiempo que la resurrección.

Nosotros que somos humanos necesitamos separar casi visiblemente los Misterios del Señor; de aquí la acentuación de la Ascensión del Señor a los cuarenta días, narrada en el Libro de los Hechos (de la Iglesia); aunque somos humanos no debemos olvidar que tenemos que aprender otro lenguaje, el lenguaje de Dios, de la Teología, del Misterio: que une la Resurrección-Ascensión- El estar sentado a la Derecha del Padre.

El Evangelio es del evangelista San Mateo, 28, 16-20, que no nombra explícitamente el hecho de la Ascensión; pero que su lectura nos ayuda a comprender, no sólo el final del mismo, que en Marcos y Lucas ocupan la Ascensión, sino todo el evangelio del Señor Jesús .

En estos vv. 16-20 aparecen los tres temas esenciales del primer evangelio: *Cristo revestido de autoridad suprema; los once discípulos, que representan a una Iglesia mateana dócil a las instrucciones éticas y misioneras del Maestro; por último la perspectiva escatológica, netamente universalista, que desemboca en el fin del mundo.*

Estos cinco versículos constan de tres elementos: *un relato de aparición , precedido de una localización bastante vaga (vv. 16-17); las instrucciones del Resucitado a los once (vv. 18-20 a) y una promesa del Resucitado a los mismos discípulos (v. 20b)*

En efecto, parece importante subrayar que en estos versículos el brevísimo relato de la aparición del Resucitado está en función del mandato misional, mucho más desarrollado. Para nosotros quizá la Resurrección aparezca más como punto de

llegada, como plenitud; de aquí que la Ascensión sea contemplada como punto de llegada, como plenitud; nos parece poca cosa como no insistir en el hecho en sí de la Resurrección y contemplarla como punto de partida. No negamos que sea punto de partida, casi lo vemos como normal.

Nuestro texto no hace alusión a una permanencia del Resucitado durante cuarenta días en la tierra con numerosas apariciones a sus discípulos ni a su ascensión. Mateo no dice nada del tiempo pasado entre la resurrección y este diálogo en Galilea; pero da a entender que el que se dirige aquí a sus discípulos ha recibido ya la autoridad suprema en los cielos y en la tierra. De aquí que no tenga necesidad Mateo de hablar de la Ascensión como parte de la Resurrección- Exaltación.

Analizamos el v. 16: *“En aquel tiempo, los Once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado”*.

Leemos en Mt 28, 9-10: *“En esto, Jesús les salió al encuentro (a las mujeres) y les dijo: « ¡Dios os guarde!» Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron.*

Entonces les dice Jesús: «No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.» citó a sus hermanos en Galilea”

Sin embargo, ahora aparecen allí solo los once discípulos. ¿Representan *los once a la Jerarquía de la Iglesia o a la Iglesia como tal?* Creo que no cabe esta pregunta. La distinción será fruto de la Teología; aquí se refiere a los discípulos como representantes de los hermanos.

Las apariciones del Resucitado en Galilea solo aparecen aquí y en Jn 21, 1: *“Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera”*. Para los otros evangelistas las apariciones tienen lugar en Jerusalén.

La importancia de Galilea es aquí sobre todo teológica: El Resucitado vuelve a encontrarse con sus discípulos en el lugar primero y principal de su actividad terrestre (sobre todo según Mateo y Marcos). Esto supone una continuidad entre el Cristo terrestre y el Cristo resucitado, continuidad que subraya explícitamente el v. 20^a. La resurrección confiere a las palabras del Maestro Galileo una autoridad incomparable. Lejos de apartar a los discípulos de las palabras de Jesús de Nazaret para sustituirlas por la experiencia más honda de una presencia, la resurrección las hace “guardar todo lo que él les había encomendado” (20^a).

El misal presenta así el v. 17: *“Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban”*

Es típicamente mateano el dato de que los discípulos reconocen inmediatamente a Cristo y se prosternan en adoración. *“Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra”* (Mt 2, 11). Expresa el homenaje, lleno de confianza, que rinde aquel que ve a Dios resplandecer en Jesús.

La palabra “adoración” es frecuente en Mateo; pero quizá es pobre para expresar lo que sintieron los discípulos. Carguemos de contenido esta expresión para darnos cuenta de la emoción, del cariño de los discípulos.

Algunos dudaron, vacilaron: algunos exégetas cambian el tiempo indefinido por un pluscuamperfecto: *ellos que antes habían dudado*. Creo que expresa mejor la situación esta traducción. Es cierto que en el proceso de la fe hay momentos de duda, de zozobra; pero cuando se ha llegado a una situación determinada, punto de llegada, ya no cabe la duda. Son los últimos momentos de Jesús con los suyos, con los once; éstos no pueden dudar. Si con los once queremos representar a todos, aunque no estén en aquel momento, cabe la traducción: *algunos dudaron*

“Acercándose a ellos, Jesús les dijo: Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.”

Es la forma peculiar de Mateo, Cristo se acerca a sus discípulos y les dirige palabras claras e imperativas. ¿A qué momento se refiere el Pretérito perfecto pasivo: *“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.”*?

Se puede pensar bien en el tiempo de la vida terrestre de Jesús, pues ya entonces ostentaba la autoridad de Dios para interpretar la ley y socorrer a los hombres: “Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados - dice entonces al paralítico -: “Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mt 9, 6), bien en el momento de su resurrección, puesto que ella extendió esta autoridad a toda la tierra y al cielo; bien en un acontecimiento que Mateo no menciona y que se situaría entre la resurrección y este encuentro con los discípulos.

El origen de esta expresión es ciertamente daniélico y guarda relación con la cristología del Hijo del hombre: “A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.” (Dn 7, 14)

Todo poder en el cielo y en la tierra, en su contexto histórico, significan que Jesús ejerce el poder mismo de Dios en todo lugar: en el cielo, sobre los poderes celestes, cualesquiera que éstos sean; en la tierra, sobre todos los hombres, principalmente sobre los poderosos de este mundo. Esta concepción mateana y veterotestamentaria será traducida en el mundo helenístico por la del *señorío*, pero aquí reviste un acento escatológico y judicial más pronunciado: el Hijo de hombre daniélico y mateano recibe todo poder al final de los tiempos y para juzgar a todos los hombres.

En la tierra: la entronización de Cristo Jesús como soberano universal deberá tener consecuencias misioneras y éticas muy concretas para sus discípulos.

“Id y haced discípulos de todos los hombres bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”

La Iglesia actúa en virtud del encargo recibido de Jesús, un encargo que no tiene límites. Por su autoridad, reúne discípulos de todas las naciones; no hay por qué hablar en adelante de una misión restringida a los judíos.

Bautizándolos: Su tarea consiste en bautizar y enseñar. El bautismo es un rito de iniciación;

Bautizar “en el nombre” significa que la persona bautizada pertenece a la Trinidad.

Parece inverosímil que la fórmula trinitaria fuese la primera que se empleó; Mt refleja aquí una práctica más madura. Al Principio los cristianos eran bautizados “en el Nombre de Cristo “; no solamente como fórmula, sino también como contenido.

Cuando se escriben los Evangelios existe ya una teología desarrollada, por lo tanto no debemos pararnos demasiado en las palabras, pues nos cuentan lo que sucedió hace años, cuando se pensaba de una forma y ahora se piensa de otra, no diversa, sino evolucionada.

“Y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”

La enseñanza desempeña un papel preponderante en Mateo. Aquí los discípulos son maestros. Este término comporta un acento ético pronunciado

Todo lo que yo os he ordenado proceden directamente del AT: *“tú le dirás cuanto yo te mande; y Aarón, tu hermano, se lo dirá a Faraón, para que deje salir de su país a los israelitas.”* (Exodo 7, 2). Se trata de la Buena Nueva, del Mensaje de Jesucristo: sus Palabras y sus Obras.

Las últimas Palabras del Evangelio no prometen una “presencia” de la que podrían gozar más o menos pasivamente algunos iniciados. A la luz del AT *«Yo estaré contigo y esta será para ti la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte»* (Exodo 3, 12), es menester entenderlas como la promesa de una ayuda constante y soberana otorgada a los mensajeros de Cristo en el mundo.

San Juan en el capítulo 14 desarrolla mucho mejor esta presencia: mediante el Espíritu.

Concluyendo: aunque San Mateo no habla directamente de la Ascensión del Señor, nos expone su testamento, las últimas palabras de Jesús en este mundo. Mateo está en la línea de los sinópticos, aunque no lo diga, a la hora de enfocar el significado de la Ascensión; se aparta de Lucas en el Libro de los Hechos al no señalar que la Ascensión tuvo lugar a los cuarenta días después de la Resurrección.

A nuestro corazón le va mejor el recrearse en la Ascensión como hecho diferenciado, pues así se saborea mejor. A nuestra razón le gusta más contemplar la Ascensión en su unidad, que implica: Resurrección- Ascensión- Exaltación. Esta forma de hablar es más humana, más adaptada a nuestra manera de contar, de ver, de clasificar.

Concluamos:

La Ascensión del Señor es la fiesta: del gozo exultante, de la esperanza y del compromiso. Necesitamos celebrar esta Solemnidad para captar su importancia. Las realidades no solo se predicán, sino que también se Celebran; la celebración repercute en el ser del hombre para que éste se dé cuenta de que su Fe es vida, vigor, energía.

Si la Celebración de la Ascensión acentúa la dimensión singular de este hecho, no significa que la Iglesia, la Liturgia vaya contra la Teología, la misma Palabra de Dios, que contempla como unidad la Resurrección- Ascensión- Exaltación.

La Ascensión del Señor es la fiesta: del gozo exultante, de la esperanza y del compromiso. Necesitamos celebrar esta Solemnidad para captar su importancia. Las realidades no solo se predicán, sino que también se Celebran; la celebración repercute en el ser del hombre para que éste se dé cuenta de que su Fe es vida, vigor, energía.